

## Yvonne

Siempre hay un momento de la niñez en el que la puerta se abre y deja que entre el futuro...

GRAHAM GREENE, *El poder y la gloria*

Algo debo al suelo que crece —  
más a la vida que alimentó —  
pero sobre todo a *Alá* que dio dos  
partes separadas a mi cabeza.

RUDYARD KIPLING, *Kim*

Por supuesto, no creo que sea «Alá» quien determina esas cosas. (Comentando mi libro *dios no es bueno*, Salman Rushdie señaló incisivamente que el principal problema del título era la falta de economía: dicho de otro modo, le sobraba exactamente una palabra.)

Pero, sea cual sea la ontología de cada uno, siempre resultará tentador creer que todo debe tener una causa primera o, si no queremos algo tan grandilocuente, al menos un principio definido. Y en ese aspecto no siento vaguedad o indecisión. Sé un poco cómo llegué a tener dos mentes. Y *así* es como empieza para mí.

Estoy en un ferry que cruza un hermoso puerto. Desde entonces he aprendido muchas versiones y variaciones de la palabra «azul», pero digamos que un sol brillante aunque levemente áspero ilumina una cerúlea bóveda celeste y un mar azulado y también dibuja cómo esas dos texturas chocan y se reflejan. El resultante matiz verdoso ofrece un titilante contraste con la vegetación más oscura de las laderas de las colinas y crea una combinación casi cegadora cuando, aliado con esos

azules discrepantes pero unidos, golpea los edificios blancos que llegan hasta el borde del agua. Como destello de drama, belleza, paisaje terrestre y paisaje marino, no puede desearse mejor recuerdo inaugural.

Puesto que este pequeño viaje se produce en 1952 y yo he nacido en 1949, no tengo forma de apreciar que estoy en el Gran Puerto de La Valeta, la capital del diminuto estado insular de Malta y una de las más bellas ciudades barrocas y renacentistas de Europa. Esta joya situada en el mar que se extiende entre Sicilia y Libia fue durante siglos el lugar de una espada de doble filo entre los mundos cristiano y musulmán. Su población es tan abrumadoramente católica romana que dentro de la ciudad amurallada hay una gran plétora de iglesias decoradas y la catedral está ornamentada con los murales del mismo Caravaggio, el seductor devoto de la maldad. La isla soportó uno de los asedios turcos más largos de la historia de la «Cristiandad». Pero el maltés es una versión dialectal del árabe que se habla en el Magreb y la única lengua semítica que se escribe en caracteres latinos. Si por casualidad visitas una iglesia católica maltesa durante una misa, verás que el sacerdote alza la hostia y llama a «Alá», porque, después de todo, esa es la palabra local para «dios». Mi primer recuerdo, en otras palabras, es de una frontera desigual e irregular, pero también permeable y encantadora, entre dos culturas y civilizaciones.

En esa etapa me siento demasiado seguro y confiado como para registrar algo así. (Si hablo unas pocas frases de maltés, no es con la idea de hacerme bilingüe o multicultural, sino para dirigirme a las niñas dominadas por los curas y a las cocineras que arrastran enormes proles de niños. Ese fue el lugar en el que aprendí a ver la imagen del catolicismo como una pintura de pastores rechonchos y corderos delgados.)<sup>1</sup> Malta es en efecto una colonia británica —su episodio heroico más reciente ha sido la resistencia ante un histérico bombardeo aéreo de Hitler y Mussolini— y una sólida posesión de la Marina Real, en la que mi padre sirve con orgullo, desde las guerras napoleónicas. Y, sobre todo, estoy en la cubierta del navío en compañía de mi madre, que me coge de la mano cuando lo deseo y me deja corretear y explorar si insisto.

1. Todo el cristianismo está contenido en la patética imagen del «rebaño».

Así que, bien mirado, no es un mal principio. Voy bien vestido y estoy bien alimentado, tengo una buena melena y una cintura esbelta, me muevo en un entorno de sobrecogedora belleza arquitectónica y natural, y estoy lleno de brío y confianza en mí mismo, y en un barco, en compañía de una mujer hermosa que me quiere.

No la llamaba así en la época, pero «Yvonne» es el eco con el que evoco su recuerdo con más desgarró y añoranza. Después de todo, *era* su nombre, y era así como la llamaban sus amigos, y mi fino oído detectó bastante pronto una diferencia entre eso y las varias y confortables Nancys y Joans y Ethels y Marjories —todas excelentes— que solían ser las esposas y compañeras de los otros oficiales. *Yvonne*. Un poco de clase: un poco de estilo. Un toque o una pizca de ajo, oliva y romero para suavizar el viejo y buen pan inglés del que, hay que afrontar el hecho, yo también había sido cortado. Pero habrá más de eso cuando hable del comandante Hitchens. No debo fingir que recuerdo más de lo que en realidad recuerdo, pero soy muy consciente de que supone una gran diferencia tener desde temprana edad a una mujer apasionada de mi parte.

Por ejemplo, cuando se dio cuenta de que me había saltado la etapa del balbuceo infantil y había empezado a decir frases completas directamente (aunque a veces poco originales, como, según la leyenda familiar: «Vamos a tomar una copa al club»), me sentó y sacó un elemental libro de lectura fonética, o lo que los humildes solían llamar «una cartilla». Trataba de las tediosas aventuras de un elfo o duende de los bosques llamado Lob-a-bog (su nombre estaba amablemente dividido de ese modo), pero, cuando lo terminé, había adquirido para toda la vida el compromiso de tener algún tipo de material de lectura junto a mí en todo momento, y siempre iría por delante de mi clase en materia de lectura.

Para entonces, sin embargo, nuestra familia había dejado Malta y había sido enviada a los alrededores mucho más austeros de Rosyth, otra base naval en la costa oriental de Escocia. Creo posible que Malta fuera una especie de punto álgido para Yvonne: los británicos estaban por encima de los demás en la semicolonía y había un bar de cócteles e incluso la oportunidad de tener «ayuda» local. No es que deseara regodearse en la ociosidad, pero, tras soportar una niñez de

escasez, depresión y posterior guerra, no le podía molestar un poco de color y energía mediterránea, y quizá pensara que se lo había ganado. (Cuando regresábamos de Malta nos detuvimos unas horas en Niza: ella y mi primera experiencia de la Riviera. Recuerdo lo feliz que parecía.) La grisura y la monotonía del «cuartel para matrimonios» en un lugar azotado por la garúa como Fifeshire debió de ser un duro golpe para ella.

Pero mi padre y ella se habían unido por primera vez precisamente gracias a la garúa y la austeridad, y a la denodada y terrible guerra contra los nazis. Él, un oficial de carrera de la Marina, estaba en la base de Scapa Flow, la enorme ensenada de aguas frías en las islas Orcadas que ayudó a establecer y mantener el control británico del mar del Norte. Ella era voluntaria en el Servicio Femenino de la Marina Real, o, en la jerga de la época, una «Wren». (Mi fotografía más querida la muestra vestida de uniforme.) Tras un breve cortejo durante la guerra se casaron a principios de abril de 1945, no mucho antes de que Adolf Hitler se metiera una pistola en la boca (que al parecer tenía un aliento fétido). Una chica joven y entusiasta de un destrozado hogar judío de Liverpool, casada con un hombre doce años mayor que venía de una familia baptista de Portsmouth, severamente unida aunque algo reprimida. La época de la guerra estuvo llena de ese tipo de uniones improvisadas, en las que probablemente al principio los dos se sentían afortunados, pero sé sin duda que, aunque mi padre nunca dejó de considerarse feliz, mi madre pronto dejó de hacerlo. También decidió, por una razón que creo adivinar, llevar a cabo el engaño no tan pequeño de ocultar a todos los miembros de la familia Hitchens su origen judío.

Ella misma quería «pasar» por inglesa tras observar algo levemente desagradable cuando la visitó mi abuela, que en la década de 1930 trabajaba en asuntos militares. E Yvonne también podía pasar como una morena clara de ojos color avellana y (siempre en mi fantasía e imaginación) aire «francés». Pero, más concretamente, ahora estoy seguro de que no quería que mi hermano y yo pagáramos el impuesto de *die Judenfrage*, la cuestión judía. Lo que no sé es lo que le costó esa ocultación o reticencia. Lo que puedo contar es lo que significó para mí.

La paradoja era esta: en la Gran Bretaña de posguerra, como en la Gran Bretaña de todas las épocas, solo había una forma probada y verificada de movilidad social. El primogénito (por lo menos) debía ser educado en una escuela privada, con el fin de asistir a una universidad decente. Pero las tasas escolares eran altas y a los primerizos les resultaba difícil navegar por los bajíos de la clase, el acento y la posición social. En uno de mis primeros recuerdos coherentes estoy sentado en lo alto de la escalera, escuchando a escondidas una discusión doméstica. Era bastante fácil seguirla. Yvonne quería que fuera a un colegio de pago. Mi padre —el Comandante, como a veces lo llamábamos con ironía y afecto— presentó la objeción pesada pero obvia de que estaba muy por encima de nuestras posibilidades. Yvonne no quería saber nada de eso. «Si va a haber una clase alta en este país —declaró decidida—, Christopher formará parte de ella.» Puede que no haya reproducido exactamente sus palabras —¿pudo decir «clase dirigente» o *establishment*, unos términos que habrían resultado opacos para mí?—, pero la intención era muy clara. Y, desde mi asiento oculto en el gallinero, aplaudí silenciosamente. Así se revela una paradoja adicional: mi madre era mucho menos británica que mi padre, pero quería por encima de todo que me convirtiera en un caballero inglés. (Sé tú, querido lector, quien juzgue qué tal salió *eso*.) Y, aunque quería mantenerme cerca, necesitaba defender con vehemencia que me enviaran lejos por mi bien.

Registré esa contradicción de forma muy aguda cuando, alternando las sonrisas del ánimo maternal y las lágrimas calientes de la separación, me acompañó al internado a los ocho años de edad. Siempre lamentaré un poco no haberme esforzado más en fingir que yo también estaba desolado. Sabía que iba a echar de menos a Yvonne, pero supongo que para entonces había tenido la experiencia esencial de ser amado sin ser excesivamente mimado. Estaba ansioso por seguir adelante. Y en la escuela, que ya había visitado como potencial interno, se encontraba una biblioteca con estantes que parecían inagotables. No había nada parecido en nuestra casa e Yvonne me había enseñado a amar los libros. Lo más cruel que hice nunca, al final de mi primer trimestre lejos de casa, fue volver en Navidad y dirigirme a ella como «señora Hitchens». No olvidaré su cara con-

mocionada. La etiqueta impuesta en la escuela obligaba a dirigirse a todas las mujeres, desde las esposas de los profesores al personal, así. Pero todavía sospecho que cometí un mezuquino subterfugio para llamar la atención.

Acaso esto explique la disminución de mi almacén de recuerdos sobre Yvonne: entre los ocho y los dieciocho años estuve lejos de casa durante la mayor parte del año y los cruciales ritos de paso, desde los sufrimientos de la madurez sexual a la adquisición de amigos, enemigos y una educación, ocurrieron fuera del ámbito familiar. No obstante, siempre supe de alguna manera cómo era ella, y en general podía adivinar lo que no sabía, o lo que se podía inferir leyendo entre líneas sus cartas semanales.

Mi padre era un hombre muy bueno, respetable, honrado y trabajador, pero la aburría, al igual que el resto de su vida. «El único pecado imperdonable —solía decir mi madre— es ser aburrido.» Ella quería la metrópoli, con cócteles, visitas al teatro, amigos elegantes y conversaciones ingeniosas, como los que había tenido en su juventud en el Liverpool de antes de la guerra, donde había vivido cerca de Penny Lane y había conocido brevemente a personas como el vehemente gay Frank Hauser, que más tarde se convertiría en director del Oxford Playhouse, y donde un novio la había introducido en la obra del apuesto poeta del Ulster Louis MacNeice, contemporáneo de Auden y autor de *Autumn Journal* y (su preferido) *The Earth Compels*. En cambio, lo que tenía era la vida de provincias, en una sucesión de pequeñas ciudades y pueblos ingleses, primero como esposa de un miembro de la Marina y más tarde como esposa de un hombre que, después de que la Marina lo «dejara ir» tras toda una vida de servicio, se dedicó durante el resto de sus días a desempeñar trabajos insignificantes como contable o «tesorero». Es horrible que te den pena tu madre o tu padre. Y, además, es espantoso sentir eso y al mismo tiempo conocer la impotencia del adolescente para hacer algo al respecto. Todavía peor, quizá, es el consuelo egoísta de que educar a tus padres no es tu trabajo. De todos modos, sabía que Yvonne tenía la sensación de que la vida pasaba a su lado, y sabía que el dinero que podría proporcionarle de vez en cuando unas vacaciones glamorosas o un viaje a la ciudad se gastaba (por su propia insistencia) en cuo-

tas escolares para mí y mi hermano, Peter (que había nacido cuando vivíamos en Malta), así que decidí al menos trabajar muy duro y ser digno de su sacrificio.

No se quedó de brazos cruzados mientras yo estaba fuera. Intentó convertirse en una figura en el mundo de la moda. Quizá respondiendo a la llamada de sus antepasados sombrereros, pero en todo caso decidida a no sucumbir ante la inelegancia que dominaba la Gran Bretaña de posguerra, siempre estaba metida en planes para mejorar la ropa de sus amigos y vecinas. «Si una cosa tengo —decía en un tono levemente defensivo, como si careciera de otras cualidades— es un poco de buen gusto.» Personalmente, yo pensaba que también tenía las demás cualidades: durante las vacaciones oficiales en las que los padres visitaban el internado y muchos chicos estaban a punto de morir de vergüenza, Yvonne nunca hizo ni llevó nada que después sirviera a los otros chicos para mofarse de mí (y eso sucedía en la época en que las mujeres todavía llevaban sombreros). Era sin duda la más guapa e inteligente de las madres, y siempre podía besarla encantado delante de todo el mundo, sin temor a la sensible-ría, las manchas de pintalabios u otros desastres. En esos momentos habría desafiado a cualquiera que la utilizara para meterse conmigo, aunque yo era pequeño para mi edad.

Sin embargo, la tienda de ropa no fue bien. De hecho, si no fuera por la mala suerte, Yvonne no habría tenido suerte en absoluto. Recuerdo que con varios amigos y socios intentó lanzar una tienda llamada Pandora's Box y otra llamada Susannah Munday, en honor de una antepasada nuestra de la parte paterna de Hampshire. Esas empresas no despegaron, y la única razón que se me ocurría era que las amas de casa locales eran demasiado grises, miopes y avaras. Me encantaba la idea de pasarme por allí cuando iba de compras, para que pudiera presumir de mí ante sus amigas, se riera y compartiera los cotilleos mientras tomaban un café, pero siempre me daba cuenta de que el negocio no marchaba bien. Con qué sobresalto de reconocimiento leí, años después, el misterioso diagnóstico de la situación que hizo V. S. Naipaul en *El enigma de la llegada*. Escribía sobre Salisbury, que está lo bastante cerca de Portsmouth:

Una tienda podía estar a solo dos o tres minutos a pie de la plaza del mercado, pero podía encontrarse fuera de la principal zona comercial. Muchos negocios pequeños fracasaban, rápida, claramente. Especialmente patéticas resultaban las tiendas que —sin comprender que la gente que tenía importantes compras que hacer las realizaba en Londres— aspiraban al estilo. ¡Qué deprimentes se volvían enseguida esas boutiques y tiendas de ropa de señoras, la histeria de sus dueños se veía en los escaparates!

Podría discrepar con la elección de la palabra «histeria», pero si se sustituyera por «callada desesperación», quizá no anduviera muy lejos. Años más tarde, cuando para mí el término «lucha» se había convertido casi en sinónimo de las palabras «liberación» o «clase trabajadora», nunca olvidé que los pequeñoburgueses también conocían la lucha.

Hablo de la época de mi adolescencia. Mientras la realidad de esa evolución se hacía ineludiblemente evidente (a principios del otoño de 1964, según mi recuerdo más preciso) y mientras se acercaba el momento de regresar a la escuela, mi madre me llevó a hacer un memorable viaje en coche por el puerto de Portsmouth. Creo que tenía una idea de lo que se aproximaba cuando me eché en el asiento a su lado. Había habido unos pocos intentos fatuos y fallidos de hablar de «las cosas de la vida» protagonizados por mis reprimidos e incómodos maestros (y algunas especulaciones espeluznantes de algunos de mis compañeros de clase más avanzados: yo era lo que eufemísticamente se llamaba un chico «de desarrollo tardío»), y de algún modo sabía que mi padre *no* querría, muy enfáticamente, asumir ningún momento de áspera intimidad masculina con su primogénito, como confirmó mi madre para explicar lo que iba a decir. En los siguientes instantes, mientras guiaba con suavidad el Hillman por la carretera, logró transmitir con una levedad y una destreza casi mágicas la idea de que, si tus sentimientos hacia alguien son lo bastante fuertes y aprendes a tener sus deseos en cuenta, la mutualidad y reciprocidad resultantes compensarán el esfuerzo con creces. No sé cómo lo logró, y todavía me maravilla cómo reconoció y trascendió mi inocencia, pero la consecuencia fue una paz y una satisfacción profunda



que todavía siento (y, en algunas ocasiones especialmente buenas, he podido traer a mi mente con claridad).

Nunca le gustó ninguna de mis novias, jamás, pero, aunque a veces sus críticas eran bastante directas («Sinceramente, cariño, es muy dulce y todo eso, pero se parece a un poni de esos que hay en las minas»), nunca me hizo pensar que era una de esas madres que no pueden entregar sus hijos a otra mujer. Tenía tan poco de madre judía que ni siquiera me permitió saber de su ascendencia, algo por lo que le guardo un rencor muy leve. No era sobreprotectora, me dejaba vagabundear y hacer dedo por ahí desde una edad bastante temprana, solo anhelaba que mejorase mi educación (¡ajá!), tenía dos libros de poesía estupendamente encuadernados, además de las obras de MacNeice (Rupert Brooke y *The Golden Treasury* de Palgrave), que moriré por salvar aunque mi casa se quemara; me llevó en coche hasta Stratford para celebrar el aniversario de Shakespeare en 1966 y en el invernal día de ese mismo año en el que me aceptaron en el Balliol College, en Oxford, *supe* con absoluta certeza que sentía que al menos parte del sacrificio, del tedio y el desánimo de esos años había merecido la pena. De hecho, la bastante rara y copiosa cena «fuera» de esa noche es casi la única celebración familiar de pura alegría que puedo recordar (quizá porque, principal si no exclusivamente, era por mí).

Me duele decir esto último, pero recuerdo muchos paseos agradables por el campo e incluso un épico partido de golf con mi padre, y también muchos buenos momentos con mi hermano Peter, y más momentos con Yvonne de los que puedo contar aquí. Sin embargo, como muchas familias, no siempre conseguíamos actuar como una «unidad». Era mejor cuando había invitados, u otros parientes, o al menos una mascota a la que todos pudiéramos dirigirnos. Cerraré esta reflexión con un recuerdo que no puedo omitir.

Habíamos pasado unas vacaciones familiares —creo que las últimas que pasamos juntos— en la costa de Devonshire, en el centro turístico de Budleigh Salterton, que parecía sacado de la obra de John Betjeman. No pensaba que hubiera sido demasiado tenso para los parámetros de los Hitchens, pero el último día mi padre anunció que los hombres de la familia volveríamos a casa en tren. Al parecer,

Yvonne quería tener un poco de tiempo para ella e iba a coger el coche y regresar a casa en etapas fáciles y ociosas. Descubrí que aprobaba la idea: la podía imaginar avanzando alegremente con el vehículo, fumando de la forma y en el momento en que le apeteciera, entablando conversaciones informales e ingeniosas en algunas de las mejores posadas de la carretera. ¿Por qué demonios no? Merecía un poco de sofisticación y refinamiento y unos días de indulgencia sin preocuparse por los malditos gastos.

Al día siguiente estaba en casa con un collarín, después de que un idiota chocara con ella por detrás antes de que hubiera podido embarcarse como era debido en el premio que le correspondía por derecho. Mi padre se encargó silenciosa y eficientemente de todos los aburridos detalles del seguro y la reparación, mientras Yvonne parecía, por primera vez, desalentada y derrotada. Nunca, antes o después, he sentido tanta pena por alguien, ni me he sentido tan impotente para ayudar, o tan preocupado por el futuro o tan incapaz de decir *por qué* me sentía tan preocupado. Hasta hoy, me cuesta soportar la versión de Danny Williams de una de sus canciones preferidas, «Moon River», porque capta esa especie de nota lánguida que resulta más dolorosa por ser incompleta. Cuando, no mucho después, hice de tramoyista en el Oxford Playhouse (por uno de los primeros sueldos que gané), vi una función de *El jardín de los cerezos* entre bambalinas —un buen punto de vista para una obra de Chéjov, por cierto— y sentí una punzada de identificación vicaria con las mujeres que nunca llegan a las brillantes luces de la gran ciudad y tampoco pueden contar con la supervivencia de su idilio provinciano. Oh, Yvonne, si hubiera algo de justicia deberías haber tenido la oportunidad de disfrutar al menos de una de las dos opciones, si no las dos.

Poco después me regaló un esmoquin con corbata negra para Oxford, segura de que necesitaría ropa formal para todos los debates de la Union y otros actos de elevada categoría que sin duda iba a protagonizar. Llevé esa ropa unas cuantas veces, pero a mediados de 1968 Yvonne se había acostumbrado sobre todo a leer que me arrestaban cuando llevaba unos vaqueros y una chaqueta de lanilla. Tengo que decir que no se quejaba tanto como habría podido («aunque detesto bastante, cariño, que mis amigas llamen y finjan

que lamentan *tanto* verte así en la tele»). Sus posiciones políticas siempre habían sido liberales y humanitarias y sentía una gran aversión por toda suerte de crueldad o intimidación: pensaba afectuosamente que yo había contraído compromisos sobre todo con los desamparados. Sentía poca simpatía por el inflexible apoyo que mi padre brindaba al Partido Conservador. (Recuerdo que una vez me preguntó por qué había tantos revolucionarios profesionales sin hijos: en su momento me pareció que la pregunta no venía al caso, pero he vuelto a pensar en ella de vez en cuando.) A menos que la policía viniera a casa con una orden de arresto —lo que hicieron en una ocasión, tras detenerme cuando estaba bajo fianza por una infracción anterior—, apenas emitía un gemido. Y yo, bueno, estaba impaciente por separarme de mi familia y volar del nido, y en las vacaciones de Oxford y después de licenciarme me trasladé impaciente y ambiciosamente a Londres, y solo volvía a casa el tiempo estrictamente necesario.

Incluso después de todos estos años, veo que apenas soporto criticar a Yvonne, pero había algo acerca de lo que podía tomarle el pelo, y lo hacía. Tenía una ligera —en realidad definitiva— debilidad por las atracciones pasajeras, sectarias y New Age. En mi infancia, era el régimen «Mantente joven, vive más» de Gayelord Hauser: el libro de dietas de un sonriente embaucador que cautivaba a la mitad de las mujeres de clase media baja que conocíamos. Conforme pasaba el tiempo, fueron los falsos resplandores de Khalil Gibran y las enfermedades tautológicas de *El profeta*. Como digo, ella sabía soportar mis burlas, al menos cuando se trataba de cuestiones superfluas o versos ilegibles. Pero (y este es con mucha frecuencia el horrible destino del que se mofa) no me di cuenta de la infelicidad que había tras esas aficiones y no supe valorar, ni remotamente, el daño provocado, hasta que fue demasiado tarde. Permite que lo cuente tal y como se desarrolló ante mis ojos.

Un día que regresé a Oxford, después de haberme mudado a Londres y empezar a trabajar en el *New Statesman*, avanzaba por High Street y me encontré con Yvonne justo a la salida de The Queen's College. Nos abrazamos inmediatamente. Mientras la soltaba, vi a un hombre tímidamente apartado: era evidente que llevaba